





COMADRONA  
EN TIERRA AGRESTE



Joaquina Utrera

COMADRONA  
EN TIERRA AGRESTE



Primera edición: marzo de 2023

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Joaquina Utrera

ISBN: 978-84-19748-18-8

ISBN digital: 978-84-19748-19-5

Depósito legal: M-7608-2023

Editorial Adarve

C/ Ros de Olano 5

28002 Madrid

[editorial@editorial-adarve.com](mailto:editorial@editorial-adarve.com)

[www.editorial-adarve.com](http://www.editorial-adarve.com)

Impreso en España

*A Sanabria, lugar entrañable  
del que un día nos fuimos  
pero al que siempre vuelvo.*

*A mi padre, que adoraba cada árbol  
y cada rincón de su pueblita.*

*A mi madre, que cuidó  
con mimo la casa familiar.*

*A Jordi, el catalán, que desde que visitó  
por primera vez La Villa se sintió sanabrés.*







Galería de la Puebla en invierno.  
Archivo personal de Jesús Fuentes



## INTRODUCCIÓN

Hubo un tiempo en el que la llegada de la comadrona a un pueblo se interpretaba como un signo de progreso y civilidad. Su sola presencia asistiendo a la parturienta suponía un paso de gigante para prevenir tantas muertes, con frecuencia evitables, causadas por la imprudencia y, sobre todo, por la ignorancia de las aficionadas del lugar.

A falta de profesionales que conocieran el oficio, algunas mujeres se prestaban, con más voluntad que conocimiento, a auxiliar a la partera. Cualquier contratiempo en el momento de dar a luz a manos de personal inexperto podía costarle la vida a la madre o al recién nacido. Con demasiada frecuencia a ambos.

El milagro de la vida durante muchos lustros estuvo expuesto a todo tipo de riesgos. Eran legión las mujeres que sucumbían sin remedio en ese trance. Asimismo, eran muchos los niños que no llegaban a conocer a su progenitora porque la perdían justo cuando tanta falta les hacía. De tal manera que la alegría que lleva a un hogar un recién nacido coincidía en esos casos con el drama que supone la pérdida de la hija o esposa que nunca llegaba a saborear las mieles de la maternidad.

Dar a luz a una criatura humana constituye sin duda uno de los momentos más gozosos de la vida de una mujer. Desgraciadamente, no siempre ocurre así. En los casos en los que la maternidad no es deseada por falta de los medios necesarios que garanticen la crianza en condiciones dignas o por razones de distinta índole, la llegada al mundo de un nuevo ser puede convertirse en un tormento.

Cuando la maternidad se aleja del júbilo que cabe esperar, sus protagonistas la viven como un acto deleznable del que incluso se avergüenzan. En estos casos, el parto hunde su raíz en el lado más oscuro de la existencia. Para evitar que se sepa la verdad, algunas madres tratan de ocultarlo llegando en casos extremos a intentar deshacerse de la criatura. Es así como el episodio vital que debería colmar de felicidad a los flamantes padres se convierte en un drama para los protagonistas. El sentimiento de culpa que engendra puede acompañarles mientras les quede un soplo de vida.

El libro que el lector tiene en sus manos está ambientado en una comarca española agreste e inhóspita, con inviernos que se prolongan hasta nueve meses. Podría muy bien ser Sanabria, de gran extensión pero escasamente habitada, donde el clima de inviernos inmisericordes y las condiciones de vida de la población han contribuido a lo largo de la historia a esculpir seres humanos con muchas aristas. Personas por lo general resistentes a la adversidad. Casi nunca sociables. Poco comunicativos. El aislamiento en el que viven les ha hecho inmunes a los males derivados de la soledad.

El libro está estructurado en nueve apartados, tantos como los meses del embarazo, que dan cuenta de vivencias gozosas y de situaciones límite en las que dar a luz puede convertirse en una pesadilla. Por suerte, en la mayoría de los casos, la llegada de un nuevo ser produce una sensación de felicidad inmensa para las familias y para las personas que intervienen en el alumbramiento.

Sara Suárez es una veinteañera de aspecto saludable. Buena moza, resolutiva y recién salida de la escuela de enfermeras de Barcelona, donde, al acabar sus estudios, hizo un curso de comadrona. Elige esta profesión sin dudar. Desde niña le fascinó ver parir a los animales en las granjas vecinas. A la vista de su entusiasmo por asistir a los alumbramientos de la zona, sus padres empezaron a bromear con su afición y le llamaban *nuestra pequeña comadrona*. A ella no le disgustaba nada el nombre y algo en su interior hizo anidar su inclinación por este oficio. Para ella, fue una elección

totalmente vocacional. No se le ocurre otra mejor. Ninguna otra comparable a sus ojos.

No cambiaría por nada en el mundo esa emoción que le produce notar el primer palpito vital del recién nacido al que ella tiene el privilegio de ser la primera en sostener con sus manos. Para entender lo que se siente, hay que vivirlo. Por más veces que lo haya experimentado, no deja nunca de asombrarse. Todavía la estremece oír el primer llanto con el que la criatura humana anuncia de la única forma que sabe su llegada al mundo al tiempo que ensancha sus inmaduros pulmones. No importa cuántas veces hayas notado los primeros latidos de ese corazón diminuto que se abre a la vida con decisión. Cada nacimiento resulta único e irrepetible. Afirma una y otra vez que ese instante no lo cambiaría por ningún otro.

La mujer moderna encontró en la comadrona a su mejor aliada en un momento trascendental de su vida. El médico, a su vez, en las localidades donde lo hubiere, halló en estas profesionales eficaces compañeras que aliviaban los desvelos y miedos de las féminas durante el embarazo. En especial las primerizas. Ellas, a punto de dar a luz, se enfrentan a un escenario ansiado y temido por igual. El elevado número de mujeres que durante largo tiempo perdían la vida en ese trance influye en los temores fundados de muchas de ellas cuando intuyen que llega el momento de la verdad.



## 1.<sup>a</sup> PARTE

### DESCUBRIENDO SANABRIA

Estreno el dietario de hule de tapas granate que me regalaron mis padres en el momento de la marcha. Me lo dieron envuelto en papel satinado en el andén de la estación de Francia de Barcelona, minutos antes de que la locomotora echara a andar rumbo a mi primer destino profesional lejos de casa. Conocedores de mi afición por plasmar en un papel «mis garabatos», como ellos dicen, creyeron que me serviría de consuelo durante mi estancia por estas tierras. Pobrecitos míos, no podían evitar al verme subir al tren que las lágrimas les resbalaran por la cara. Es la primera vez que nos separamos los tres. Su única hija alza el vuelo antes de lo que imaginaban.

Las manecillas del reloj de la estación término señalan a mi llegada las tres de la madrugada. El larguísimo viaje resultó algo incómodo. Tengo el cuerpo magullado con tanto traqueteo. Los asientos de madera, conforme pasaban las horas, parecía que iban endureciéndose cada vez más. Me informan de que a esta hora no hay ningún medio de transporte hasta Puebla de Sanabria, situado a un kilómetro y medio de distancia. Respiro hondo, aprieto la mandíbula y me dispongo a hacer el trayecto a pie cargando con mis dos maletas de madera. ¡No queda más remedio! La de ropa es más llevadera de transportar. La que contiene libros pesa como el plomo. En fin, toca aguantar. Nadie dijo que mi primer destino en tierras lejanas iba a ser un camino de rosas.

Antes de dar un paso más, cambio de calzado en la cuneta. Me abrigo todo lo que puedo porque sopla un aire gélido que corta la cara como una cuchilla de afeitar. La falta de transporte me parece un mal presagio de que por estos lares nada va a resultarme fácil. El alumbrado público del trayecto es escaso y de luz mortecina. Fue solo un segundo de desánimo, nada más. Trato de que no decaiga la ilusión que me trae a mi nuevo destino pensando en lo libre e independiente que me voy a sentir a casi mil kilómetros de distancia de la casa paterna.

Me encuentro en la plaza y frente al número que traigo anotado. Me gusta muchísimo la casa de huéspedes donde me hospedo. La patrona, de nombre Jesusa, me parece a primera vista una mujer de semblante algo serio, aunque noto que se esfuerza en ser afable. Tal vez con el trato intentaré ablandar un poco su rigidez inicial. Según me informa, soy la única mujer entre los huéspedes de la casa: el maestro del pueblo y el farmacéutico son mis únicos compañeros. Ambos de mediana edad, con aspecto de bonachones. Llevan un año viviendo aquí y parecen encantados. Tengo ocasión de conocerlos durante el desayuno. El primero que tomo en mi nueva casa. Creo que los consejos de todos ellos me pueden ser de utilidad para entender mejor a mis pacientes. Tienen ganas de agradecer, actitud que agradezco de veras, ya que no conozco absolutamente a nadie más por aquí.

Me hago el propósito de escribir, aunque solo sean unas rayas, todos los días. Por primera vez me siento libre. Debo cuidar de mí misma y aprender a tomar decisiones sin nadie que me aleccione a cada paso. Me gusta esta sensación nueva de vivir sin tutelajes de ningún tipo. Creo que me ayudará a madurar más deprisa. El lema de mi estancia aquí es: olvidar, olvidar y ayudar todo lo posible a unas gentes que intentaré conocer con rapidez.

Presiento que este puede ser un buen lugar para ejercer mi precioso oficio y de paso para darle tiempo a mi corazón a cicatrizar.



Lunes 11 de enero

Para empezar, ahí va una breve pincelada de la historia de mi vida. Mi nombre es Sara. Vine al mundo en la localidad barcelonesa de Sant Quirze de Besora. Soy la única hija de una familia que me acogió con los brazos abiertos. Suele ser esta la actitud más habitual que tienen los humanos de recibir la llegada de un nuevo miembro.

Eran tiempos difíciles de la postguerra y mis padres decidieron trasladarse a vivir a Barcelona convencidos de que sería la mejor manera de poner fin a un tiempo de escasez y penurias de todo tipo. En su decisión también debió pesar que veían en la capital más posibilidades para que pudiera labrarme un futuro profesional. Tenía entonces ocho años recién cumplidos. La llegada a la capital catalana de una niña de pueblo como era yo me colmó de alegría por tantos cambios como se producían ante mis ojos. Mi insaciable curiosidad no daba abasto para registrar tantas novedades como veía a mi alrededor. Todo era nuevo para mí. Gente que va y viene. Tranvías y troles que avanzan trabajosamente entre los adoquines. Escaparates de prendas de vestir, pero, sobre todo, tiendas de juguetes atrayentes que me imantaban y a los que no me cansaba de mirar.

En los años cincuenta, en cualquier pueblo de la península ibérica caían chuzos de punta. Mi padre decía que para muchos compatriotas fueron tiempos aún peores que los del conflicto bélico. Para los que tuvieron la suerte de salvar la vida, claro. Es evidente que los que se fueron al otro mundo perdieron infinitamente más.

No debía ser fácil la vida de los adultos. Había escasez de alimentos. Me temo que de casi todo. Había días que hasta encontrar pan era, según cuentan, toda una odisea. La harina era un bien más que escaso, de ahí que, para los que vivían del estraperlo, disponer de sacos de este producto era un privilegio que les permitía canjearla por cualquier bien de consumo que tuviera valor. Si la cartilla de racionamiento les proporcionaba una hogaza de pan, mis pa-

dres se las arreglaban para hacerla durar a razón de un trocito cada día, procurando que para mí no faltara nunca.

Para los niños, en cambio, nada de todo eso importaba. El estallido de vida de la ciudad ofrecía alicientes suficientes. De las dificultades y de la escasez de alimentos se ocupaban los mayores. A nosotros nos bastaba con aprender a vivir y a transitar por caminos que nos permitirían ir ganando autonomía. Eso en la ciudad parecía más fácil conseguirlo, sin encontrar a cada paso algún conocido. Oh, el anonimato urbano, cómo me gusta. Te hace sentir libre de ataduras.

Mi padre, maestro de primaria, se incorporó muy pronto a su puesto en una escuela situada a cinco minutos de nuestra nueva casa. Se había sentido muy identificado con el movimiento de docentes de la República y tardó mucho (creo que nunca lo logró del todo) en superar la derrota. Lo peor fue que muchos de sus compañeros fueron represaliados y apartados del magisterio. Sirvió de escarmiento para los que continuaron impartiendo clases, siempre temerosos de que su pasado saliera a relucir en el momento menos pensado y les perjudicara. Era la suya una profesión vocacional pero muy mal pagada. De aquel tiempo era el dicho popular: «Pasas más hambre que un maestro de escuela». Los sueldos eran muy reducidos. A penas alcanzaban para el sustento familiar. Tenía la ventaja, eso sí, de que le facilitaban una vivienda modesta, lo que permitía a los trasladados de los pueblos del interior disponer de un techo que les cobijara. No era poco para empezar. Por lo demás, intentaban con toda su alma hacer borrón y cuenta nueva.

Para contribuir al sustento familiar, mi madre no tardó en entrar a trabajar en la empresa barcelonesa de Fabra y Coats, en el barrio de San Andrés de Palomar. Era una de las compañías del sector textil más importantes de Barcelona y con más empleados en plantilla. Las mujeres constituían en aquella inmensa fábrica un ejército pacífico y desarmado que llenaba las calles adyacentes cada vez que el sonido de la sirena marcaba las horas de entrada y salida de los turnos. Su característico sonido y las riadas de personas que

avanzaban a paso ligero por las inmediaciones de la fábrica determinaban el día a día del barrio.

### Miércoles 13 de enero

Aún no llevaba en mi nuevo destino una semana cuando una madrugada alguien llamó a mi puerta dando cuatro golpes secos. Recién llegada y poco habituada a que reclamen mis servicios a horas tan intempestivas, oigo a la patrona gritar mi nombre desde el portal. Cojo a toda prisa una bata de paño con cinturón que me voy acabando de anudar por el camino. Tras pasarme los dedos por el pelo para amansarlo un poco, me dispongo a bajar de inmediato. No puedo quejarme de nada. Durante mi etapa de estudiante, empecé a mentalizarme que el oficio de comadrona no conoce horarios. Estaba advertida de antemano. Va con el sueldo.

De pie en el portal, encontré a un hombre de cierta edad, delgado, pelo blanco, visiblemente nervioso y desencajado. Vestía traje de pana marrón, algo gastado por el uso. De forma atropellada, me rogó que le acompañara a su casa a toda prisa sin acertar a resumir en pocas palabras el motivo de tanta urgencia. Una vez se hubo sosegado un poco, pude entender que era su hija la que se había puesto de parto. Hasta ese instante, todo me pareció normal en el comportamiento de aquel hombre de mirada algo inquietante. Todo lo atribuí a los nervios del momento. Le pedí que aguardara unos minutos para acabar de vestirme y coger el instrumental. Pese a mi juventud y escasa experiencia, me siento segura y bien preparada gracias a los médicos, algunos de ellos excelentes, que me han servido de maestros y a cuyas órdenes hice mis prácticas durante varios años en la Maternidad de Barcelona.

A paso más que ligero, recorrimos aquel hombre taciturno y una servidora la distancia que nos separaba de mi nueva casa y la suya. Calculo que serían unos tres kilómetros en los que no dejó ni un minuto de retorcer su boina entre las manos en un intento inútil de mantener a raya sus nervios. Hasta el portal de su pequeño

habitáculo llegaban los gritos de la parturienta, lo que lógicamente acrecentó aún más la inquietud del padre.

Subimos los peldaños de dos en dos hasta la alcoba donde se hallaba mi primera paciente por estas tierras. Su carita y su cuerpecillo menudo delataban su corta edad. Nadie le hacía compañía junto a la cabecera. Me pareció raro que no hubiera nadie con ella en semejante trance, duro de por sí, máxime a edad tan temprana. No le hacía a la niña más de dieciséis años. Sin hacer preguntas y a falta de alguien más a quien dirigirme, pedí al padre que pusiera agua a hervir y me facilitara toallas limpias a la mayor brevedad. Mientras tanto, me ocupé de comprobar que todo siguiera su curso normal.

Traté de tranquilizar a los dos diciendo que el feliz desenlace estaba próximo y que todo marchaba bien. No preveía complicación alguna. La paciente ya llevaba dilatados cuatro centímetros y, si todo salía como parecía, el bebé tardaría pocos minutos en irrumpir a la vida. Noté que mis palabras relajaron algo los músculos tensos de la cara del hombre. La mirada de la niña mostraba lo aterrada que estaba. Lo normal en estos casos.

Efectivamente, los buenos pronósticos se confirmaron. En cuestión de media hora, la cabecita de la criatura empezó a asomar al exterior pese a la estrechez del canal vaginal. No me costó conseguir que el resto del diminuto cuerpecillo hiciera lo propio. Por lo general, este acostumbra a ser un instante de júbilo. En la humilde morada donde me encontraba era evidente que la alegría brillaba por su ausencia. En estos casos, se impone el lema de «Ver, oír y callar». La discreción suele ser la mejor pauta de conducta. En esta profesión se te abren de par en par las puertas de los domicilios de las pacientes y sin querer te adentras en terrenos íntimos que solo incumben a los interesados. Hace tiempo que aprendí que todo cuanto veo en el transcurso de mi trabajo es materia reservada que a nadie más interesa.

El silencio en la habitación se hizo si cabe más intenso. Únicamente el llanto decidido del pequeñín dispuesto a vivir con deter-

minación me ayudó a evadirme por un instante del drama que tenía delante de mi nariz. La flamante madre miraba con una especie de miedo y preocupación al nuevo ser. Ni sombra de júbilo. Seguro que muchos eran los interrogantes que se agolpaban en ese instante en su mente inmadura.

Me dio la sensación de que el peso de la incertidumbre por todo lo que se le venía encima ahogaba todo rastro de alegría. La mirada del único hombre de la casa tampoco auguraba nada bueno. Cuando envolví al recién nacido en los trapos limpios que me dieron al efecto por toda canastilla, les di un par de consejos para facilitar el inicio de la lactancia. Recogí mis cosas, tan pronto como tuve completa la placenta fuera del cuerpo de la niña, procurando no hacer ruido. Me despedí sin hacer preguntas ni comentario alguno que pudieran herir. Me limité a desearles suerte. Intuí con claridad que los tres iban a necesitarla en cantidades ingentes. Allí les dejé a los tres intentando que el recién nacido se acoplara al pezón de los diminutos pechos de la niña.

Jueves 14 de enero

Hoy he tenido una jornada tranquila. Varias visitas a las embarazadas del pueblo. Relleno algunos formularios y las correspondientes fichas. Por la tarde, he dedicado un par de horas a la lectura junto al fuego. Jesusa tiene en la cocina un escaño de madera de pino clara situado muy cerca de una lumbre maravillosa que caldea la casa entera y el ánimo de los huéspedes. He tenido tiempo de observar a la patrona con su semblante poco propenso a la risa, su moño tirante recogido en la nuca, surcado de algunas hebras blancas. Me contó que su familia y ella misma proceden de una aldea de la comarca. Por lo visto, cuando era casi una niña, se trasladó a este pueblo para servir en casa de la señora a la que cuidó con esmero hasta su muerte. Llegó a ser más que de la familia. Tanto, que al fallecer heredó ella su finca, lo que le acarreó no pocos sinsabores con los familiares de la difunta. Según cuenta, haciendo un esfuerzo evidente de conten-

ción, los parientes de su antigua jefa nunca aceptaron que el testamento reservara para ellos las migajas de sus bienes. A penas unos huertos en terreno de secano a los que no daban ningún valor. Hubo de afrontar largos años de pleitos que dejaron sus escasos ahorros tiritando. Al final triunfaron la voluntad de la difunta y la perseverancia de Jesusa al defender lo que en justicia le pertenecía.

Me estoy acostumbrando muy pronto a sus guisos y a la tranquilidad reinante. Como es un pueblo pequeño, se conocen todos y las noticias circulan a gran velocidad. Así ocurrió a mi llegada. Me saludan por la calle al pasar. No me disgusta sentirme observada. Al menos por ahora. Entiendo que cualquier novedad es motivo de comentarios. En este caso, es lógico que mi presencia tranquilice sobre todo a las familias con hijas en edad casadera. El número de mujeres que fallecen durante el parto es una lacra de nuestros días que es preciso combatir a toda costa. Por mi parte, estoy decidida a hacer lo que haga falta para reducirla al máximo.

Mi cara de niña —de entrada— no les inspira confianza, sino todo lo contrario. ¿Qué culpa tengo yo de aparentar menos años de los que tengo? Tengo asumido que mi aspecto juvenil juega en mi contra. Tendré que demostrarles con mi trabajo que cuento con más experiencia profesional de la que imaginan. Guardo además un as en la manga. Según mis maestros, tengo un sexto sentido para detectar futuros contratiempos en las embarazadas que atiendo. Semejante intuición es oro molido en mi oficio. No seré yo quien les lleve la contraria sobre el particular.

Viernes 15 de enero

Me paso a primera hora por la consulta del médico de cabecera del pueblo. Me informan que está ausente. Permiso de fin de semana. Todos me hablan bien de él. Me presento e informo de mi llegada a la enfermera para lo que necesiten.

En la calle hace tanto frío que las aguas del río que recorre la parte baja del pueblo se han helado. Cuando me dirigía al domicilio

de una parturienta situado en un barrio a las afueras del pueblo, vi que los niños y algunas parejas jóvenes se divertían patinando y, todo hay que decirlo, dándose buenos trompazos contra la pista acristalada. Parecían pasárselo muy bien. A la vuelta me entretuve un buen rato observándoles y participando desde la distancia de sus risas contagiosas. En eso que noto una mano que me agarra el brazo animándome a unirme al grupo que se dirigía al petrificado cauce. Eran dos chicas como de mi edad que yo no había visto aún por el pueblo, pero que, como el resto de los vecinos, estaban al corriente de quién soy yo y del motivo que me trajo aquí.

Por no desairarlas y porque en el fondo lo estaba deseando, me uní a ellas sin hacerme de rogar. Deposité mi maletín junto a un árbol y a resbalar se ha dicho. Qué buen rato pasé y qué castañas más bárbaras me pegué tratando de mantenerme erecta unos minutos. Las caídas y mis sonoras carcajadas, no sé yo si unidas a mi cara aniñada, ayudarán mucho a conseguir la buena reputación profesional que desearía ganarme por estas tierras. En mi descargo diré que la nieve, y por lo visto también el hielo, despiertan sin remedio la niña que llevo dentro. Veremos mañana si me lleno de cardenales debido a los aterrizajes forzosos.

Me dirijo a toda prisa a casa a cambiarme de ropa. Llegué empapada por completo. Los huéspedes han estado hablando durante la sobremesa de política y de los concejales del pueblo. He procurado escucharles con atención porque me ayuda a entender mejor lo que sucede a mi alrededor. Las costumbres y la manera de ser de estas gentes me parecen muy distintas de las que yo imaginaba. Todo lo cual estimula aún más si cabe mi curiosidad.

Sábado 16 de enero

Hoy no voy a tener que madrugar. Salvo imprevistos, me espera una jornada tranquila. Voy a describir mi nuevo alojamiento. Mi alcoba comunica a través de un ventanuco con una galería acristalada amplia suspendida sobre el tejado de la casa desde donde se

divisa la mayor parte del pueblo. Al fondo puedo ver las montañas y la carretera que conduce a la estación de ferrocarril. La mismita que recorrí trabajosamente a pie de madrugada y casi en penumbra para llegar hasta aquí.

El mobiliario se reduce a una mesa camilla cubierta por unas faldas de fieltro de color verde y un brasero eléctrico. Dispongo de dos sillas y una diminuta estantería en la que pienso colocar los libros que he traído y que aún tengo apilados sobre la maleta. Confío que haya valido la pena acarrearlos con tanto esfuerzo desde la estación. Cuento con una butaca y una lámpara de pie ideales para dar rienda suelta a una de mis aficiones preferidas: la lectura. También tengo un armario ropero. En las tardes de invierno, espero disponer de algún tiempo para mis libros. El suelo es de madera clara, igual que el del resto de la casa. Sus estancias son luminosas. Con tanta claridad no es de extrañar que prosperen las plantas, en especial los coleos. La finca de planta baja, el primero y segundo piso, está situada en una plaza céntrica. Muy bien orientada. El sol la ilumina desde que sale hasta que se pone.

Me comunico con el resto de la casa a través de una escalera estrecha, de peldaños altos, empinada y también de madera, que acaba en una puerta que da a la sala de estar. Cada vez que la subo o la bajo, mis pasos retumban por toda la casa. Me garantiza, eso sí, cierta intimidad respecto al resto de los huéspedes que agradezco en lo que vale. Personas adultas todas ellas educadas y cultas por lo que he podido percibir. Se esfuerzan por mostrarse amables conmigo. Por mi parte, trato de facilitar las cosas. La timidez siempre me fue ajena. Intento no ser tan parlanchina como acostumbro. Me gusta relacionarme con otras personas de cualquier edad y no me cuesta entablar conversación con ellas. Me esforzaré en hablar menos y escuchar más. En contra de lo que acostumbro. Ese es el propósito que me hago y que soy consciente de que me va a costar conseguir.

Me encontraba aún en la cama retozando tan ricamente cuando oigo que Jesusa me llama desde el piso inferior anunciándome que



tengo visita. Contesto que ya voy y me dispongo a enfundarme a toda prisa unos pantalones y un jersey de lana de cuello alto. Sin pararme a poner las zapatillas ni a peinar mi enmarañada melena, me dirijo escaleras abajo sin tener ni idea de quién puede ser.

En la sala de estar me aguarda un hombre treintañero, moreno, con orejas tirando a las de soplillo, alto, flaco y recto como un junco que me tiende la mano para saludarme:

—Soy Rafael, el médico de este pueblo

Acababa de llegar de Salamanca. Por lo visto, recibió enseguida el aviso de mi llegada.

Jesusa, servicial como pocas, nos anima a ir a la cocina a desayunar. No disimula que le agrada tener al médico del pueblo en casa. Rafael acepta en el acto la invitación no sin pedir antes disculpas por visitarme a una hora tan intempestiva para una víspera de fiesta. Reparo en ese instante que debo tener un aspecto horrible con el pelo despeinado y los ojos aún hinchados de dormir. ¡Horror! La primera impresión debió de ser terrible. Me da buenas vibraciones. Me cuenta que tanto él como su mujer se han adaptado muy rápidamente al trabajo y al pueblo en general. Me traslada sus buenos augurios sobre lo que intuye será mi futuro profesional por estas tierras.

No hay nada como un buen desayuno para devolver el optimismo al cuerpo. Un tazón de loza blanca lleno de leche recién ordeñada que el lechero trae a domicilio todos los días a primera hora. Lo acompaña de unas torrijas acabadas de freír, espolvoreadas con abundante canela. Huelen que alimentan. Café de puchero. Riquísimo todo. El trato del médico me ha gustado. Me parece un tipo afable. Muy pronto hemos dejado el usted inicial para pasar al tuteo sin más. Tiene treinta y cinco años y este ha sido su segundo destino como médico rural. Piensa quedarse mientras le dejen. Eso ha dicho con cierto retintín medio en broma medio en serio.

—Don Rafael, ya lo creo que le van a dejar. A Vd. le quieren sus pacientes. Me consta.

Tercia Jesusa en la conversación, arrancando con sus palabras la sonrisa de nuestro visitante.